

# Gratuidad y elección

Francisco Prieto

*La búsqueda de lo sagrado como exorcismo se encuentra en estas páginas de Francisco Prieto, autor mexicano que ha encontrado, a través de la escritura, una epifanía permanente en su contacto con los grandes temas.*

In memoriam *Giovanni Riva*

El escritor mexicano Juan Rulfo, a quien después de una conferencia un joven le preguntó qué era escribir para él, le respondió que escribir era una condena. Y, en efecto, cuando uno se autodetermina uno asume, desde la libertad, una especie de condena. Uno ha dicho que sí y comienza a alimentar y dirigir la propia existencia a partir de entonces. Uno tendrá, acaso, que rechazar otras cosas, crear un hábito, procurar una lealtad... Como escribiera Gide en su diario, elegir es renunciar. Por su parte, Graham Greene, en los títulos de sus dos volúmenes de memorias da cuenta de qué es para él escribir: *A Sort of Life* y *Ways of Escape*. El escritor, cuando es un autor, o sea, alguien que tiene un mundo propio, sabe que no sabría vivir ni disfrutar de la cotidianidad si no ejerce su oficio; y sabe, o presiente, que escribe como un modo de escapar de algo que nunca sabrá a ciencia cierta de qué se trata. Por eso, escribir se torna para él una condena.

Hay otra estirpe de escritores, en la que no me reconozco, para quienes escribir es algo que se les facilita y les gusta, quizás el trabajo menos ingrato con que se hayan topado y si encuentran un modo de ganarse la vida en él lo toman; desertarían, sin embargo, en el momento en que dejara de ser productivo.

El modo de distinguir a un autor de quien no lo es consiste en percatarse de que es en cada nuevo trabajo uno y el mismo. Cesare Pavese, por ejemplo, sorpren-

de siempre pero no nos sorprende la atmósfera que vamos a parasitar, el edificio que vamos a habitar en cada una de sus novelas. Y esto se da en todas las artes: un amante de Bruckner, de Modigliani, de Pirandello, de Buñuel ante una obra desconocida de cualquiera de esos autores no tardará mucho en decirse: esto es Bruckner, Modigliani, Pirandello, Buñuel...

Hay entre los unos y los otros, o sea, los escritores de oficio y de los de la belleza *per se*, por un lado, y de los que escriben porque pesa sobre ellos una condena y experimentan que lo que hacen les es dictado, que no podrían escribir de cualquier cosa y de cualquier manera, una gratuidad de origen: el talento, la connaturalidad con la palabra y el ritmo. A esta gratuidad se une, y es para ellos principio y fundamento, una especie de sentido de misión: el sentimiento íntimo de algunas vivencias que tienen que revelar una cosmovisión que constituye la razón de ser de su existencia y, por lo tanto, una conciencia de la presencia del otro en sus vidas que exige la búsqueda del diálogo, fervor por el encuentro con el otro y con los otros.

Decir cuándo decidí determinar mi existencia como novelista, dramaturgo, ensayista es algo que remite a mi soledad. Fui un niño tímido. Una timidez que me llevó a los quince años a exigir, con mucho miedo, a mi padre el psicoanálisis. Como no acostumbro ni me gusta hablar de mí mismo (para eso escribo novelas, novelas

que no son modos de complacencias en el yo), diré, simplemente, que la violencia que siguió al desconcierto de mi padre fue temperada por su confesor, un jesuita que habló conmigo y le dijo a mi padre después que, en efecto, el psicoanálisis me haría bien y él mismo le recomendó a un analista católico, con un fondo, empero, freudiano gracias al cual acabé por superar el encadenamiento que me había vuelto una especie de espectador de la vida. El análisis iba de consuno con la lectura que aliviaba mi soledad, que me llevaba a vivir intensamente otros mundos y otras vidas. Más que en la escuela, la pasión por la literatura, y por el cine, la debo a mis abuelos: el uno me leía obras de teatro de los clásicos del Siglo de Oro español, especialmente Calderón de la Barca; el otro puso en mis manos las obras de los mayores realistas españoles: Cervantes, Coloma, Pedro Antonio de Alarcón, Galdós, Palacio Valdés, Baroja... Como al abuelo no le gustaba el cine americano, fui un niño formado, a diferencia de mis compañeros de la primaria, con películas italianas y francesas, las españolas de tema taurino, las mexicanas protagonizadas por Cantinflas... Un lector voraz de novelas comienza pronto a soñarse como un escritor de novelas.

Mi necesidad de escribir se vio entorpecida primero y reforzada después por un nuevo problema, el desarraigo. Pasé mi infancia en Cuba pero por la relación distante con mis padres, vivía, en realidad, con mis abuelos. Mis abuelos, españoles de la Mancha y de Aragón, nunca pidieron la nacionalidad cubana y quisieron morir como españoles; me llevaban con ellos a las tertulias con sus paisanos, me contaban historias de su tierra, mil y una anécdotas relacionadas con la historia de España, mil y una anécdotas que tenían que ver con el toreo. Como mi abuelo materno había vivido de adolescente en Burdeos, pasaba horas oyéndole historias de su juventud en Francia que me llevaron a inscribirme, a mis doce años, en un curso de francés. Era demasiado chico en relación con los que estaban en aquellos cursos del instituto francés y por eso las profesoras francesas se emocionaron, en cierto modo me protegían y me introdujeron a la literatura y las canciones francesas. Debo de haber tenido quince años cuando leí *La peste*, la novela que le ganara el Nobel a Camus, y cuando descubrí la obra de Mauriac, que dejaría en mí una huella honda. Era aún un adolescente cuando concursé y obtuve una beca por tres años a París. Los años de París fueron años de agonías: por un lado, luchaba por desprenderme de la fe cristiana que sentía como una carga pesada y porque buscaba demostrarme a mí mismo que era un ser libre y no una criatura sobre la que pesaba una especie de predestinación; por el otro, en Cuba se produjo una revolución que llevó a mi familia a abandonar el país no porque fuese perseguida sino por aversión y miedo a un sistema alejado de sus convicciones

y de su tradición liberal. Si para mí haber dejado Cuba era una especie de liberación —muchos años más tarde un periodista mexicano, Ramón Zorrilla, me diría: “convéznase que es usted un hombre del altiplano, no lo puedo imaginar como un nativo del trópico”—, era demasiado joven para saberme sin documentos oficiales de identidad, con la necesidad de definirme políticamente, alejado de esa otra identidad más profunda que es la pertenencia a la Iglesia.

Con una beca para hacer la carrera universitaria en Madrid, viajé a México, donde, a la sazón, residían mis padres movido por tres razones: el miedo a la soledad y la esperanza de construir una buena relación con ellos; cierta distancia con el régimen del general Franco; redescubrir América donde había nacido y que por mi timidez apenas si se me había revelado luego del psicoanálisis que me sacara de la prisión del yo en que viví encerrado.

En un principio México me fue distante: una cultura radicalmente diferenciada de la española —tardé muchos años en percatarme de que quizá México fuera el país más español de América visto en profundidad— y frustrado por esa distancia que me parecía infranqueable, comprender aquel país se me volvió un reto; así, a pesar de que me di cuenta también de que vivir al lado de mis padres no sería fácil, decidí quedarme e inscribirme en la universidad. Apenas iniciados los cursos, mi padre fue trasladado a los Estados Unidos y me quiso llevar con él. Le dije que no. Mi arraigo a la lengua y, por decirlo de alguna manera, a la latinidad eran demasiado fuertes. Mis padres y mis hermanas se marcharon y yo me quedé sostenido por el interés en una cultura que me sorprendía y que no lograba comprender. Un año más tarde, un tanto decepcionado y con la tentación de regresar a España, me enamoré. Por Alicia, mi esposa, se dio el proceso de inculturación hasta sentir un día que México era ya y sería mi país.

Supongo que mi elección de la carrera de comunicación, que un jesuita mexicano había fundado e inventado en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, iba de la mano con mi historia personal. Había soñado desde la infancia en ser escritor, a lo largo de mi vida había sido un lector infatigable de novelas y de obras de teatro y una oscura premonición me sostenía en lo que era, entonces, una simple ensoñación. Pero ¿cómo escribir si, propiamente, no tenía una lengua? Me explico: nunca hablé el español de Cuba y mi lenguaje era un tanto libresco y heredado de la familia y, de hecho, el proceso de transformación de mi español al de México fue, no podía ser de otra manera, un largo proceso. Algunos ensayos en el teatro y en la narrativa se me aparecían un tanto tiesos hasta el punto de pensar que ser escritor era un viejo sueño que debía abandonar. Pero en aquellos años era consciente de dos cosas:



James Casebere, *Portuguese Beachfront (long shot)*, 1990

la una, que me quería casar, que tenía que trabajar y que presentía que mi propio testimonio de vida podía convertirse en un curso de comunicación transcultural, interpersonal, intrapersonal... Sin duda, estaba presente la pasión por la comunicación humana, la evidencia de que con las puras palabras podemos significar experiencias intelectuales comunes pero con significados esencialmente distintos, dicho de otro modo, puedo conceptualizar o traducir fragmentos del Tao chino análogos a una proposición kantiana pero nada más alejado de la sensibilidad de los chinos que el idealismo de Kant. Seguramente por ello, Kipling, aquel inglés nacido y educado en India, al referirse a Oriente y Occidente escribió: *Never the twain shall meet*, o sea, nunca los dos se encontrarán. Y México, ejemplo de un mestizaje cultural, era, al fin, el producto de una sensibilidad más próxima a la del extremo Oriente que a la europea en sus pueblos originarios con la cultura occidental que le llegó de los españoles.

He ahí un conjunto de cosas que me hicieron sentir que tenía —uno es muy pretencioso a los veinte años— una misión que cumplir. Pero lo terrible, al terminar mi carrera, fue constatar que para permanecer en México tenía que enfrentarme a la burocracia mexicana, en aquellos años desconfiada de los extranjeros de un modo patológico y, salvo que mediase poderoso caballero don Dinero, negligente a otorgar residencias, mucho menos nacionalidad, a alguien de fuera. Gracias a los jesuitas, que me encargaron traducir al español la revista francesa *Fêtes et saisons*, a don Gaspar Elizondo, que me pidió traducir buena parte de *Informations Catholiques* y a los hombres y mujeres de la revista católica *Señal*, que me

contrataron como reportero y corrector de estilo, pude ahorrar con la finalidad de casarme que era, en realidad, lo que más me importaba. Pero, en el fondo, estaba el miedo paralizante: puesto que no me daban permiso para trabajar aquellas personas se arriesgaban, si yo era descubierto, a ser multadas. Obtener permiso para trabajar obligaba al empleador a entregar el listado completo de quienes trabajaban en su empresa con sus sueldos sin contar que tenían que demostrar que el extranjero hacía algo que difícilmente supiera un nacional o que no hubiera suficientes nacionales con esos conocimientos. De modo que las compañías multinacionales arreglaban las contrataciones de extranjeros con dinero. Así estuve hasta que, ya casado gracias a la gestión de mi suegro —un ingeniero fabricante de ascensores de lo que sobra decir que yo nada sabía— obtuve un permiso de trabajo. Aun así, tuve que pasar por la penosa situación de que un inspector de la Secretaría de Gobernación visitara el edificio en el que vivía preguntando a todos los vecinos si yo hacía vida conyugal. (Por cierto, el dueño del edificio era un milanés que ahí vivía con su esposa y sus hijos y fue quien me contó todo y dio las mejores referencias de lo que le estoy, hasta la fecha, agradecido). Pero, en fin, al año de casado conseguí trabajo en una empresa que arregló convenientemente mis papeles. Se trataba de un trabajo por el que me pagaban un sueldo alto; uno de esos trabajos que la única alegría que me podía dar, y me daba, era la del día en que cobraba. Mas una noche, cenando con clientes, padecí la pérdida de oxígeno, llamaron al médico de un hotel cercano quien dijo que debía pedir, de inmediato, una cita con un cardiólogo.

Se me ocurrió un remedio mejor: renunciar a mi trabajo si los jesuitas de la universidad me contrataban. Pensé que ganar menos no sería un sacrificio si cada mañana me levantaba con deseos de vivir. Competí por una cátedra, la obtuve y en los veinticinco años en que fui profesor en la facultad no me enfermé más que de resfriados. (Supongo que también el mejoramiento de mi salud se debió a que poco después, por un curso que di al que asistió la esposa de un ministro influyente, ella me preguntó, el día de mi cumpleaños, qué regalo me gustaría y como le dijera que la nacionalidad mexicana, ésta la obtuve en dos o tres días contra los usos y costumbres de aquellos años).

En fin, como maestro debutante me di cuenta de que contribuir a hacer pensar, a veces enseña a pensar; familiarizar a los estudiantes con la historia de la cultura, incitarlos a discutir, a escribir, leer los autores que en aquellos años eran importantes para ellos, recibir en mi oficina a los más inquietos y entusiasmarlos, orientarlos si venía al caso, me hizo sentir que mi vida había encontrado otro sentido aparte del que me revelara la vida conyugal y la paternidad. Sin embargo, era mordido por la tristeza, algo faltaba en mi vida y es que intentaba escribir y todo era conceptual, carente de vida; experimentaba el dolor de presentir que una ilusión cargada durante toda la vida no había sido sino un espejismo. Desesperado y atormentado por mis dudas de fe, escribí una obra de teatro y se la llevé a un escritor mexicano reconocido, católico, que había sido mi maestro, Vicente Leñero. Leñero la leyó, no se atrevió a decirme la verdad y me hizo dos preguntas, una demasiado complaciente y aparentemente halagüeña: ¿qué caso tiene ser un escritor al modo de Georges Simenon? —comparación que Simenon no merecía—, y la otra en que disimuladamente me decía que mi obra de teatro merecía ir al cesto de la basura: ¿por qué no escribes lo que te pasa de a de veras?

Pasaron meses y no volví a escribir. Y, sin embargo, yo sentía que tenía una obra que realizar, algo que revelar, que la horripilante soledad marcado por la envidia de no poder ser como los demás, compartir sus juegos y sus alegrías, el sentimiento de extranjería, la construcción de una patria, porque la que se me había dado me era ajena, el lento proceso para hacerme un habla que surgiese y acompañase a mi sensibilidad, la tristeza de haber soslayado una fe que nunca me había dejado, la conciencia de una búsqueda de la autenticidad: no podía renegar de esa otra pertenencia a la cultura española y tener, entonces, que cargar con dos lealtades; el nacimiento del amor y la lucha por mantener viva la relación de pareja, por no hacer con mis hijos lo que mi padre había hecho conmigo, todo eso tenía que comunicarlo de alguna manera. Angustiado, una noche conté de una manera brutal, con un lenguaje igualmente bru-

tal que me era desconocido en la escritura, una escritura que quería ser pura y clásica, la historia de un inmigrante que desafía a lugareños y autoridades que lo han humillado sin importarle ya las consecuencias y de lo que es testigo un joven lleno de miedo y de pasiones, menesteroso por sobre todas las cosas de ser amado por una mujer e incapaz de declarar a una su pasión. Ahí estaban ya los ejes de lo que sería mi obra novelística y teatral. Al leer el cuento al día siguiente experimenté una gran emoción: era posible que yo fuera, en verdad, un escritor. Y a la semana llevé el cuento a Leñero que lo leyó y me confesó la verdad, o sea, que no se atrevió a decirme que me dedicara mejor a otra cosa, pero que ahora sí me decía lo que había pensado porque esa historia plasmaba vigorosamente una sensibilidad diferenciada.

Pero yo quería ser un novelista, o sea, un contador de historias y no encerrarme en mí mismo como esos escritores confesionales que terminan creándose un yo absolutamente artificioso, un yo para mostrar a los demás; víctimas de una egolatría infecunda que daría, cuando mucho, para dos o tres libros. Yo soñaba por vivir otras vidas, por salir de mí y vivir en personajes con vida propia; lo único mío serían el tono y el clima de mis libros y si éstos no se daban espontáneamente, la vida podría estar, también, en otra parte. Esta búsqueda de penetrar en el interior de quienes me rodeaban, este buscar a la víctima en el verdugo y al verdugo en la víctima, de no juzgar pero convivir con mis criaturas ensancharía mi horizonte vital, mi capacidad de comprender a los hombres y a las mujeres que, por los motivos que fueren, despertasen en mí el asombro y una oscura necesidad de comprenderlos.

Cuando al año terminé mi primera novela, cuya base fue aquel cuento que me hizo sentir que podía llegar a ser lo que soñara desde siempre, sentí y no me pude contener las ganas irrefrenables de llorar. Y la segunda novela contenía ya personajes ajenos a mi entorno inmediato como la tercera carecía totalmente de elementos autobiográficos y, era, paradójicamente, más mía.

Algo, empero, no se había resuelto: la aceptación plena de la fe, la búsqueda de Dios como fundamento de mi existencia, el poder, sin pudor, manifestar esa fe que nunca me había abandonado y que tendría que expresarse en la esperanza y en la caridad. Yo me había encontrado en la comunicación con los estudiantes y viviendo una diversidad de existencias que no podían sino hacerme vivir la compasión, por los demás y por mí mismo. Me daba cuenta de que, parafraseando al poeta Miguel Hernández, tanto penar para morir se era un absurdo y que no podría buscar a Dios, en rigor, hasta que no lo hubiese encontrado. (Creo que desde adolescente sentí la seducción de Pascal). Fue necesario el nacimiento de mi hija Ana con una discapacidad para que Dios, al fin, se manifestase. Pero esto es otra historia. **U**